

prendo seducciones á la Lovelace con comerciantes energúmenos; crédito no hay; por un peso duro puede darse un ojo de la cara, y la gala de estos señores es decir que no tienen que ver con el Gobierno, y que si tuvieran no darían, porque no son agiotistas.

Hoy llegó un extraordinario con noticias de Vidaurri; está sobre San Luis con dos mil quinientos hombres y dos piezas de artillería.

Ya le dije á usted mi parecer sobre préstamo; no crea usted, Manuel, que me duermo; trabajo doce horas y mis incomodidades son tales, que he tenido cólico dos veces.

Además del dinero que se ha enviado á ustedes, ha habido que mandar á Vidaurri, á Iturbide, á Degollado, y sólo en extraordinarios, raro es el día que no gasto cien ó doscientos pesos.

Sobre todo, no me escriba tan flatoso, como en el correo pasado, porque crea que sólo aguanto por no ser menos hombre que usted.

Sepa que le quiere muy de corazón

GUILLERMO PRIETO.

Excmo. señor don Manuel Doblado.



CAPÍTULO III

Mensajero de malas nuevas

PARRODI — todavía viven muchos que le conocieron — era un cubano que difería de todos los de su raza por la flema que le era peculiar. No se inmutaba aunque le comunicaran que acababa de brotar bajo sus pies un Jorullo que iba á destruirle. Me recibió con el purillo en los labios, limpia la melena, bien peinadas las barbas, irreprochable el uniforme, más tranquilo que si volviera de un torneo en que se hubiera combatido con espadas de cortesía y con fusiles cargados de mentirijillas.

Su pachorra era famosa en toda la República, y más famosas eran sus respuestas sentenciosas, lacónicas y hasta monosilábicas. Referían los chuscos que en una ocasión se le había presentado Pantaleón Pacheco, uno de

esos chistosos jurados que existen en cada población corta, y que, á pesar de su sal, solía de cuando en cuando echar el cuarto á espadas y conspirar como cualquier hijo de vecino. Deseoso de meterse á buen vivir, y conociendo que el Comandante militar de Jalisco no era un Cruz Aedo que se comiera á los niños crudos, se le acercó, pasando entre ellos este diálogo:

— Señor general, yo soy Pantaleón Pacheco, de quien debe de haberle hablado el señor Angulo.

— ¡Ah!

— Y vengo con objeto de comunicarle que en algunas ocasiones he conspirado contra el Gobierno...

— ¿Eh?

— Ahora nada menos me encuentro perseguido, fugitivo, falto de auxilios...

— ¿Y...?

— Y querría volver á Guadalajara, al lado de mi familia, contando con la venia del Gobierno y con la seguridad de que no se me perseguirá...

— ¡Oh!

— Y como estoy escaso de recursos, quisiera se me agraciara con un empleo, pues he desempeñado varios á satisfacción de mis jefes.

— ¡Uh!...

.....

No faltó quien me indicara la casa en que se aposen-

taba el General. Le hice saber que allí estaba y me ordenó pasar.

Cuando me vió hizo seña que me aguardara, y continuó dictando á un escribiente.

«El estado, que en su oportunidad remitiré á V. S., lo impondrá del número de muertos y heridos que tuvo este ejército, así como de su situación definitiva, pues aguardo todavía que numerosos dispersos se unan á sus cuerpos.

»El fracaso parcial de las tropas del Gobierno, en nada ha amenguado los bríos de mis soldados, pues noto en todos ellos un grande y levantado espíritu.

»Renuevo á V. S. las seguridades de mi particular y distinguido aprecio. — Dios y Libertad, campo de Irapuato, Marzo 10 de 1858. — ANASTASIO PARRODI. — A S. E. El Ministro de la Guerra del Gobierno de la República Mexicana. — Guadalajara.»

— Señor capitán, me dijo llamándome aparte, va usted á Guadalajara á mata caballo y pone este parte en manos del ministro Ocampo. Usted me responde de que el pliego llegará á su destino.

Me incliné respetuosamente, tomé un caballo de los del general, y me retiré á toda prisa para ponerme en camino.

Serían las siete de la noche y hacía luna cuando salí para Guadalajara.

Llevaba el pliego oculto en los lomos de la silla, y en los bolsillos la carta que dirigía su madre á Buenaventura

Ortiz, teniente de zapadores en el ejército restaurador de las garantías.

Al tranco primero y después al trote seguí mi camino, seguro de que no habría quien me interrumpiera el paso. Las caballerías reaccionarias habían recorrido buen espacio buscando dispersos para hacerlos prisioneros; mas á aquella hora todo estaba tranquilo y apenas, turbando el silencio de la noche, se oían voces lejanas de alerta, y se miraban fogatas que parecían astros caídos.

Hice el primer alto en Silao; me levanté á la madrugada, y á media noche rendí la jornada en Venta de Pegueros. Mi caballo no podía más, y me vi obligado á ocupar la diligencia, dejando la bestia al mesonero para que la atendiera.

Iba á entrar en el coche, cuando oí voces alegres que se callaron á mi llegada. A poco un joven delgado y de voz firme salió á la portezuela diciéndome:

— Caballero, usted dispense; pero este carruaje está ocupado: lo requisamos de orden del señor general Parrodi, que viene detrás con su tropa. Comprendo que usted habrá pagado su pasaje y que quizás tendrá negocio urgente; pero es imposible que pueda pasar.

— Sí pagué el pasaje; pero no veo razón para no ir en un coche donde van enviados del señor Parrodi y amigos míos como el capitán don Leandro del Valle.

— Usted es Peritos; ¡qué fortuna el verle!... Yo creía



D. José María Calderón

que se había *pelado* en la trifulca: deje que le presente á mis amigos Poucel y Pacheco.

— No hubo tal, y aquí me tiene bueno y sano, dispuesto á seguir dando guerra.

— Guerra la que nos va á dar la mochitanga, interrumpió Pacheco.

— Sólo el pobre Pepe Calderón no tendrá que sufrirla, dijo Poucel.

— Pobre ¿por qué? repuso Valle. ¿No es el soldado mil veces más dichoso muerto en el combate que vivo en la fuga? Pepe cayó como un valiente, como un caballero, y él sabía bien que ese era el fin que le aguardaba. Morir en un campo verde, á la luz del sol, rodeado de armas, de caballos, de insignias, esgrimiendo la espada y sin pestañear, es la muerte que cuadra á un hombre como Calderón. Que no me den á mí la muerte en un aposento estrecho, lleno el cuerpo de vejigatorios y cáusticos, atada la cabeza con pañuelos, oliendo la cera de las velas de la Candelaria y escuchando los *padre nuestros del camarero* y los gimoteos de las viejas que rezan el *sal, alma cristiana, de este mundo...* Así revientan los notarios ó los dueños de tiendas de abarrotes; los soldados mueren como murió Calderón. Una herida de sable en la cabeza y cinco de bala en diferentes partes del cuerpo tenía el valiente Pepe, y su cadáver quedó entre los de la tropa, que de veras supo conducir.

— Y lo cierto es que hasta el enemigo le ha hecho justicia, dijo Pacheco.

— Ya lo creo que se la ha hecho; Miguel Miramón alaba, como conoedor que es, la carga de Calderón, y dice que habría sido digna de mejor empleo; Casanova, según dicen, declara que no ha habido nada igual en nuestros anales guerreros.

— Osollos dispuso que le hicieran honores militares.

— Por supuesto, dijo Leandro, tanto que el cura de Salamanca se rehusaba á enterrar en sagrado al hereje y desorejado liberal, y Osollos tuvo el rasgo de anunciarle que si no hacía lo que se le mandaba, lo enterraría á él con todo y difunto en la fosa prevenida.

— ¡Oh, lo que se pierde con la falta de ese valiente!

— Tanto se pierde, que no vacilo en decir que no había en el ejército mexicano media docena de soldados como Pepe. Su hermana, la esposa de don Juan Hierro, ministro de Zuloaga, le había escrito pidiéndole se retirara del lado de los liberales. ¿Saben ustedes la respuesta de Pepe? Que le estaba prohibido mantener comunicación con el enemigo...

A poco notamos que íbamos ya cerca de Guadalajara. En efecto, desde San Pedro nos encontramos retenes de tropas, y en la ciudad aspecto de defensa. Dimos á conocer nuestro carácter y pudimos pasar al centro sin ser molestados.

Al bajar de la diligencia tomé mis pliegos, que habían pasado de los lomillos de la silla al forro de mi jarano, y me encaminé al Palacio preguntando por el señor Ocampo.

A don Melchor ya le conocía por haberle visto en el Constituyente. Me recibió con calma y sangre fría completas; se enteró de las comunicaciones sin pestañear siquiera, me mandó á descansar y pasó al aposento del Presidente, de seguro á participarle la desgracia acaecida á nuestras armas.

